sabe por dónde, á mediados de la tarde apareció un gaitero, ante cuyas armonías bailaron los mancebos de labor de aquellos campos y las labradoras que concluían las faenas de Agosto. D. Blas hizo colocar debajo del emparrado un antiguo piano clavicordio, que desde mozo 'conservaba en la casa de campo, y aunque Porcia declaró que el instrumento necesitaba afinación y temple, como los del convite estaban templados de sobra, aplaudieron á rabiar algunos «números» de la *Traviata* que la muchacha cantó, con acompañamiento de Cigales y del boticario mismo, y al fin el concurso pidió baile, y baile hubo; no pudiéndose eximir el Barón de bailar con la señora ex diputada provincial, jefa de los demagogos de la villa, y á la cual la Baronesa profesaba especial aversión y profunda tirria.

En cuanto anocheció se encendieron las carretillas, estrellas multicoloras, cohetes, culebras, mariposas y morteretes, que D. Blas había preparado con su enciclopédico cacumen. Á las once de la noche entraron los expedicionarios en Dueñas, celebrando á grito tendido la incomparable magnificencia de aquella hermosa fiesta.

El Barón, á quien el hormiguillo de su desventura no le permitía divertirse de veras, ni alegrarse sino en la apariencia, exclamó al verse en su casa:

—¡Qné lástima que después de tan buenos ratos tenga yo que estrangular á Pepe, donde quiera que dé con él!

El escándalo que la nueva conducta del Barón produjo en la villa y su comarca, no es para descrito. Hacíanse lenguas los vecinos tratando de adivinar la causa de semejante manera de proceder, y aunque ninguno podía dar con ella, unánimes declaraban que en cuanto volviera la Baronesa iba á sonar allí el trueno más gordo que oyeron los nacidos desde que el mundo se fundara.

Dos días después del jaleo de Las Majadillas, Cigales propuso al Barón una expedicioncita á Valladolid.

—Allí ha llegado el empresario Pastor con una compañía de verso—le dijo;—del mérito de los actores no sé una palabra, ni nos importa, pero sé que ha traído un cuerpo de baile.....; pero qué cuerpo! ¡superior al que llevamos á Africa con Prim! Se compone de seis parejas «de primísimo», según la opinión del médico de Magáz, á quien he visto en la estación esta mañana. Vámonos, Barón, á Valladolid, y.... veamos ese cuerpo de baile.

El de Aspe vaciló, porque la proposición del comandante le parecía demasiado realista; ¿ pero no era más real aún el que existía en el mundo un rival suyo, á quien la Baronesa llamaba «¡Pepito mío!» Con este razonamiento por delante, que era el que venía influyendo en su espíritu desde que se dedicó «á hacer la vida del hombre malo», cerró otra vez los ojos, y se fué á Valladolid.

Cuando se vió por la noche ante los bastidores del teatro de Calderón, le pareció bastante menos que mediano el cuerpo de baile; dejó á Cigales con sus ilusiones, y se retiró del campo de batalla. Al volver á Dueñas ya se repetía entre los vecinos una ruin calumnia: la de que el Barón había cenado con las suripantas.

Hasta el día mismo en que la Baronesa debía de regresar pasó el tiempo el Barón cazando por las mañanas en el soto, entreteniéndose por las tardes en la tertulia de la «rebotica» de D. Blas, y jugando al tresillo por la noche en el Casino «de los Comuneros».

V.

Al mediar la tarde del dia señalado por la Baronesa para terminar su viaje, llegó ésta, en un carruaje, por la carretera de Cuéllar y de El Henar, á la estación de Valladolid. En el andén encontró á la vicepresidenta de la Asociación de socorro de los pobres de Dueñas, la señora viuda del brigadier Rastrojo, que «por casualidad» se encontraba allí, de vuelta «de pasar un par de días con sus hermanas de Zaratán».

Ambas ocuparon el mismo departamento del tren que iba á salir para Dueñas, y durante el trayecto puso en práctica la brigadiera su «casual» y bien deliberado propósito de disparar sobre la Baronesa la relación total de los escandalosos hechos y picardías realizados por el Barón durante su ausencia, cuyas inesperadas noticias pusieron á la de Aspe en tal grado de desesperación, que la de Rastrojo tuvo que hacer grandes esfuerzos para que su muy respetable y querida presidenta no se arrojara por la ventanilla.

Confundida en un mar de lágrimas llegó á Dueñas, en cuya estación la aguardaba un coche de su casa, pero no su marido.

—¡ Que me ha de aguardar ese monstruo!—dijo para si, con profundo despecho, al tomar precipitadamente asiento en su carruaje, sin despedirse siquiera de la de Rastrojo, y procurando evitar las irónicas miradas de los curiosos que por hallí abía.

Al pie de la escalera de su casa encontró á Eliodora mirando al suclo y deshaciéndose en suspiros. Ni el ama de gobierno dijo una palabra, ni la Baronesa, ciega por el despecho, aparentó fijarse en ella, sino que subiendo precipitadamente á la antesala de la galería interior, preguntó á una de las muchachas que allí aguardaba:

-¿Dónde está el señor?

—En su despacho—contestó timidamente la sirvienta, contemplando á la señora, que rápida y ansiosa desapareció por la puerta extrema del ancho pasillo, seguida también de las miradas de los demás criados, que en cuanto pasó, asomaron curiosos sus cabezas por la puerta del fondo de aquella estancia.

Eliodora, que había recogido de manos del cochero algunos pequeños bultos, pasó después en pos de su señora, obligando, con un altivo gesto de enfado, á retirarse á la curiosa servidumbre.

La Baronesa atravesó dos ó tres habitaciones, cerrando tras de sí las puertas con estrépito, y llegó á la del despacho de su marido, que abrió de un empellón, quedándose parada en medio de ella y exclamando con estridente voz:

-; Canalla!

El Barón fumaba y leía cuando llegó su mujer. Al cirla se levantó, tiró el cigarro y el libro, y mirándola fijamente contestó con aire provocativo.

-¡Mesalina!

Dejó caer la Baronesa su saquito de mano, su sombrilla y su libro de oraciones, extendió sus brazos, cerró los puños, lanzó una frenética carcajada, y con los ojos fuera de las órbitas repusó en medio de su ardiente furor:

-; Señor Barón, yo sobro aquí! ¡Adiós para siempre!



Almanaque de La Ilustración Espanola

hromotypogravure & Imprimerie Boussod, Valadon & Cie.

« RIÑA DE GALLOS »

POR COGGHE.

fuerza en una butaca y dijo después de cerrar la puerta:

-¡Señora Baronesa, de aquí no huye nadie! ¡Mi honor | que yo. exige inmediatamente una explícita explicación!

Levantóse altanera la Baronesa, y desgarrando su pañuelo empapado en lágrimas, exclamó:

-; Del mal el menos; mi marido está loco! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Miguel, ¿qué has dicho de tu honor?

-No hay locura que valga, Irene; estoy en mi pleno juicio: mi conducta durante tu ausencia, y la que seguiré en adelante, obedecen á tu pérfida conducta.

El Barón se abalanzó hacia su mujer cuando ésta iba á trasponer la salida; la cogió por los brazos, la sentó con turaleza á las mujeres! Te lo contaré todo, por más que la parte principal de lo que voy á decirte la sabes tú mejor

-; Qué parte?

—La de tu Pepito.

Abrió desmesuradamente la Baronesa sus ojos y su boca en señal de asombro, miró á su marido de arriba abajo se santiguó después y repuso:

-¿La de mi Pepito?

-Si, señora; oye, pérfida, oye.

Y bajando la voz, se aproximó á su mujer y añadió:



A ORILLAS DEL CANTABRICO.

La Baronesa quedó aterrada. ¿Á qué podía referirse su marido? Indudablemente el Barón estaba loco, aunque hablaba, al parecer, con entero y sereno razonamiento. Con- impuso silencio, y continuó: fundida y presa del mayor dolor, volvió á caer sobre la butaca, ocultó el rostro entre sus manos y sollozó amargamente, mientras el Barón añadía:

—¡Si, llora, llora tus culpas, pobre mujer! ¡llora el engaño en que me has tenido durante tanto tiempo! Tal vez tu sincero arrepentimiento me podría calmar algún día, pero ¡pobre de mi! nuestro cariño concluyó para siempre.

Después de un largo rato de silencio, la Baronesa se acercó á su marido, y poniéndose ante él de rodillas, le dijo: —Cuéntame, por Dios, cuanto te ha ocurrido desde que me marché. Dime en qué te he ofendido: habla pronto, antes

de que el dolor me vuelva loca. Levantó el Barón á su mujer, y dijo sonriendo maliciosa-Tú, después de casada, has tenido un amante..... La Baronesa, al oir esto, iba á gritar; pero su marido la

-Un amante, por el cual estás dispuesta á abandonarme cuando él lo disponga; un amante, que es lo único que te importa de cuanto te rodea, al cual dedicas estas flores. como prenda de que es y será tu primero y único amor....

Y el Barón, mientras hablaba así, sacó de su cartera el ramilletito de flores que encontró en el escritorio de su mujer Ella, presurosa, cogió las flores, las besó y repuso:

-¿Quién te ha dado esto?

-iY las besa, infame!—prosiguió él, sin poder dar crédito á lo que veía.—Eso me lo dió quien me dió esta otra relevante prueba de tu perfidia: ¡oye, oye tu propia acusa-ción!—añadió, desdoblando el billete del escritorio y empezando á leer:

—«José, Pepe, ¡Pepito mio! Tuyos son y serán....»

La Baronesa cayó de nuevo de rodillas y exclamó:

-¡Bendito seas, Dios mío, porque al fin has llenado de luz mi corazón!

Y levantándose, continuó, dirigiéndose á su marido:

—¡No leas más, Miguel! Te voy á decir de memoria todo lo que hay escrito en ese papel. ¡Como que lo vengo repitiendo por la noche y por la mañana desde hace muchos años! No te molestes en leer; oye.

El Barón, asombrado, dejó de leer y contestó con furia:

—¡Habrá cinismo semejante!

Y sin dejarle concluir añadió la Baronesa:

— Tuyos son y serán mi corazón y mi espíritu; te amo en mi vida, en mis pensamientos y en mis acciones. No me olvides un solo instante y seré feliz. Nada me importa cuanto me rodea, sino el servirte. Hoy te dedico y pongo á tus pies estas flores, prenda segura de mi primero y único amor, que vivirá en mi pecho hasta la muerte.

»Cuando tú quieras, llámame, porque estoy siempre dispuesta á seguirte, con tal de que me acompañes en el momento supremo. José, Pepe, ¡Pepito mío! ¡bendito seas!»

—Pero ¿quién es ese Pepe, señora Baronesa?—exclamó el Barón;—acabemos de una vez. ¿ Dónde está ese señor de tu albedrío? ¡ Concluyamos, y yo concluiré con él!

—Aquí llevo siempre su retrato sobre mi corazón, Miguel; ahora mismo lo vas á conocer.

El Barón se lanzó á desgarrar los broches del vestido de su mujer; pero ésta, separándole suavemente, dijo, mientras sacaba del pecho un hermoso medallón de oro, que ocultó entre sus manos:

-Aquí está tu rival. El día en que me casé contigo le de-

diqué el ramo de pensamientos y claveles que tú me diste y que yo recibí como emblema de mi primero y único amor. Y aquel día escribí gozosa ese billete que me enseñas, y lo aprendi de memoria y lo he recitado todos los días. Antes de conocerte ya trataba yo con él; pero en cuanto me casé, creí necesario dedicarle todo mi corazón y todo mi espíritu. Como no puedo verle, y lo siento mucho, llevo su imagen siempre conmigo. El también es casado y, según me consta, hombre de gusto, en cuanto á haber escogido hermosa compañera. Por lo mucho que me ha favorecido desde que me casé, creo firmemente que me quiere de veras. Ahora lo vas á conocer y si lo encuentras á mano, mátalo cuando gustes.

Tentado estuvo el Barón, mientras su mujer hablaba, de hacer pedazos una silla en su cabeza; pero dispuesto á agotar hasta las heces la copa de su amargura, se contuvo.

—¡Mira, qué simpático es!—añadió la Baronesa, poniendo el medallón en manos de su marido.

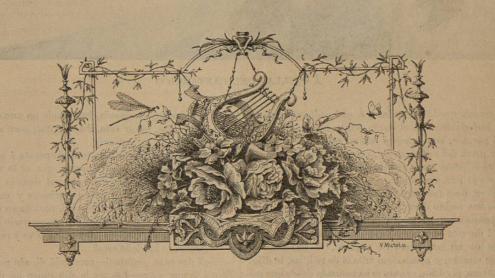
Cogió éste con frenesí el medallón; pasó por él rápidamente la vista, miró á su mujer y se quedó como ensimismado, con la boca abierta.

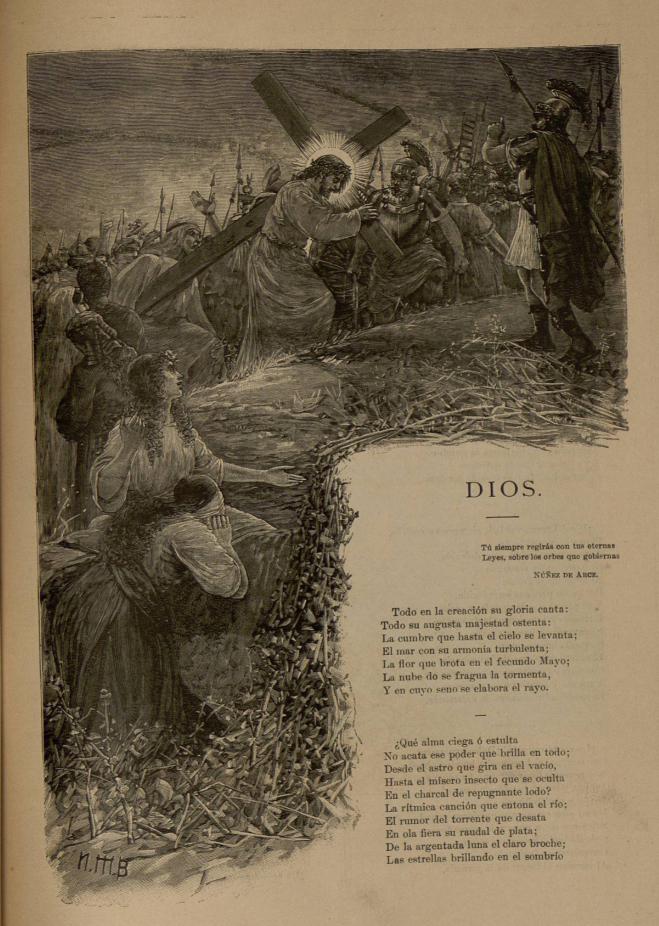
El medallón contenía una preciosa miniatura, que representaba á San José.

Después, entre gozoso y avergonzado, abrazó á su mujer, diciendo:

—Mira, Irene, si quieres que vivamos en paz, trata á los santos con menos confianza y á mí con más consideración. No te olvides nunca de que por creer yo que ese Pepito era uno de tantos, has estado fatalmente expuesta á quedarte sin marido.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.





Y puro azul del cielo de la noche, Pruebas son de su inmenso poderío.

¡Dios! Al pensar en Él, el alma inquieta Se abisma en misteriosas reflexiones. Él enciende en la mente del poeta El fuego de las bellas creaciones, Y dulcifica su áspero destino Dándole las doradas ilusiones; Él inflama en el alma del asceta El sacro fuego del amor divino, Y santa inspiración presta al profeta.

El hombre en el revuelto torbellino
De la vida, queriendo, miserable,
El velo desgarrar que á Dios envuelve,
Intenta descubrir lo impenetrable;
Pero toda su ciencia
Se estrella ante el arcano,
Y queda reducido á la impotencia;
Y furioso y blasfemo se revuelve
Queriendo analizar lo sobrehumano,
Cual si tuviera el mísero gusano
Alas para elevarse hasta la cumbre,
Y ya del aire dueño soberano
Beber del sol la inmaculada lumbre.

¡Dios! Eterna verdad, siempre escondida,
Pero siempre patente
Ante la humanidad que, dolorida,
Sólo encuentra consuelo
Al levantar la frente
Por lucha pertinaz enardecida,
Y al pasear con la mirada el cielo.
Entonces la oración al labio acude;
El fatigado corazón sacude
Su pena abrumadora;
El alma aspira una divina esencia
Que baja envuelta en luz consoladora,
Y rosada y gentil viene la aurora
La noche à i uminar de la existencia.

¡La santa religión! ¡Dulce esperanza, Que siempre al bien y á la bondad abierto, Nos muestra en la sombría lontananza, De paz y calma bendecido puerto! Destello esplendoroso De un alba eterna que comienza cuando Salvamos de la muerte el negro foso; ¡Isla de luz! ¡Oasis do el reposo Conquistamos luchando, Al término al llegar de la jornada, Como el soldado que tras larga brega, Maltrecho, herido y rota la celada, Entre el recio clamor de la victoria, Y á traves de la sangre que le ciega, Logra mirar su frente coronada Por el laurel invicto de la gloria!

Campeones del mal, pobres cautivos, Vencidos siempre por dolor profundo; Como pasan las nubes por el cielo, Pasamos como sombras por el mundo; Es nuestra herencia el llanto; amargo duelo Nos punza el corazón sin tregua alguna; Luchando siempre con la adversa suerte, Corremos sin cesar tras la fortuna Que nunca hallamos, y al llegar la muerte, Dios en sus brazos nos recibe y posa En nuestra frente, en prueba cariñosa, Ese ósculo de paz con que la luna En medio de la noche silenciosa Acaricia el cristal de la laguna.

¡Ved al Dios del Calvario! Cruda tarde;
Las nubes entoldando el horizonte;
Del negro cielo el resplandor cobarde
Alumbra apenas el escueto monte.
¡Ved al mártir rendido,
Caminar abatido
Al peso de la cruz que le doblega!
¡Ved como humilde entrega
Su noble cuerpo al pueblo sanguinario
Que su existencia á destruir se lanza,
Y satisface, ardiendo en ira ciega,
El cínico placer de la venganza!

¡Vedle grande, sereno,
Con alma inmensa y fuerte,
De majestad y mausedumbre lleno,
Desafiar impávido á la muerte!
Su mirada, reflejo de la gloria,
Destello de bondad, rayo fecundo;
¡Vedle acabar su vida transitoria
Colgado en una cruz infamatoria
Para salvar al mundo!

¡Tragedia horrible, escarnio de la historia Del pueblo de Judá, torpe y demente, Que empujado por lúgubres vestiglos, Aun á través de diez y nueve siglos La eterna maldición lieva en la frente! ¡Cuadro espantoso! ¡Dolorosa escena! ¡Un Dios muerto en la cruz, y al pie, doliente,



CAPILLA EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

La madre traspasada por la pena, Mostrando en su semblante refulgente La mate palidez de la azucena!

¡Horrible desenlace que derrama La nostalgia en el ánimo afligido! ¡Oh sublime Jesús! ¿Quién no te ama? ¿Cuál será el corazón que conmovido No se sienta al recuerdo de ese drama, Y de pavor transido No se estremezca cual la débil rama Agitada por viento embravecido? También por Ti, más tarde, con las manos Unidas que se alzaban á la altura, Morían en el circo los cristianos; Y mientras se ensañaba hasta la hartura En sus carnes el tigre, ellos, tranquila Clavaban en el cielo la pupila, Elevando á su Dios plegaria pura, Mientras, al ver de sangre el oleaje Surgir ardiente de la rota vena, Vociferaba el público salvaje.

Cuando la noche con su calma augusta
Sobre el mundo se extiende silenciosa,
Contempla el criminal, con faz adusta,
De su culpa el espectro que le acosa,
Y siente que el crüel remordimiento
Surgiendo en su conciencia tenebrosa
Le hiere el corazón y el pensamiento;
Llora de angustia, de pavor delira,
Y entre la obscuridad de su aposento,
Ve un ojo ardiente y fijo que le mira;
Y se retuerce en medio del tormento
Que á Caín devoraba,
Cuando por frío de terror helado,
Veía en él clavado
El ojo que tenaz le contemplaba.

Ese eres tú. Justicia que fustiga, Y premio al par que la virtud abona; Dulce piedad y látigo que hostiga; Severo juez que la maldad castiga, Y padre bondadoso que perdona.

¿Quién niega á Dios? Quizá el materialismo Con su procaz cinismo
Se atreva á desmentir su omnipotencia,
Del orgullo en el loco paroxismo,
Poniendo en parangón con él la ciencia.
La ciencia humana al fin al suelo viene
Del misterio al entrar en la penumbra,
Y humillada y vencida se detiene;
No es la suave claridad que alumbra,
No el limpio arroyo que fecunda y baña,
Sino la roja llama que deslumbra,
El torrente que cae de la montaña.

Aun siendo inmensa el alma, en su hondo seno Rugen las más furiosas tempestades; En ella vibra el rayo, estalla el trueno; Ideas locas su fulgor difunden En la mente encendida; Las sombras tenebrosas se confunden Con las resplandecientes elaridades, Librando el corazón batalla ruda; La energia decae desfallecida, Mientras se agita en impotencia muda, Enconada mordiendo con despecho En el fondo del pecho La víbora maldita de la duda.

Pero al alzar la vista fatigada A la región azul, la duda cesa Al ver la inmensidad que tachonada De luceros, parece una promesa Que Dios ofrece al alma desolada. ¡Celestial esperanza que fascina El corazón ardiente! ¡Lecho de vida, luz donde reclina El Rey de reyes su sublime frente! Tras la llanura mágica del cielo. En áureo carro su esplendor pasea, Cuando el nublado con su denso velo Oculta el brillo de la luz febea, Y brama la borrasca, y cual la idea Surge de pronto en el cerebro humano, El campo rojo en el cenit flamea; No es el prodigio grande y sobrehumano De la electricidad el que le crea. No es que le forje la tormenta sorda; ¡ Es la ira celestial que se desborda! La mirada de Dios que centellea! Manda el castigo al mundo que le irrita;

Manda el castigo al mundo que le irri Al mundo infame que su enojo excita Con inicuas torpezas y maldades, Y que sólo en el vicio se ejercita; Y desata contra él las tempestades, Y la terrible asoladora peste Que en los espacios incremento toma, Como un día su cólera celeste El fuego descendió sobre Sodoma.

Y luego, compasivo
Rasga el compacto grupo de las nubes
Que oculta la mansión de los querubes;
Y hace brillar el sol, y el iris pinta
Sobre el hermoso y diáfano celaje
Residuo ya de la borrasca extinta,
Y que parece sábana de encaje
Que á trechos borda matizada cinta.

De la montaña en la escarpada roca Alza el vesubio su penacho rojo Que hierve y arde y en las nubes toca; Mas llega la erupción, brama de enojo; El fuego que en su seno atesoraba, Se desborda en océano De abrasadora lava, Que la fértil campiña esteriliza, Y en su furor insano, Sepulta entre montones de ceniza Las famosas Pompeya y Herculano.

¡Oh vosotros magnates de la tierra! ¡Ruines pigmeos que os juzgáis colosos, Y que vivis con el delirio en guerra! ¡Grandes y augustos reyes!

¡Gloria, orgullo y poder! ¡Vanidad suma! ¡Granos de arena que arrebata el viento! ¡Nubes que se deshacen como espuma!

Siempre tu augusto nombre En los labios del hombre Vibra como un destello de esperanza:



CATEDRAL Y SAGRARIO DE MÉJICO.

¡Señores poderosos
Del orbe entero al que imponéis las leyes!
¡Inclinad humillados
La cabeza delante de ese trono,
A cuyos pies los mundos siderales
Se prosternan rendidos y asombrados!
¿Qué valen vuestros solios imperiales,
Ni qué vuestros palacios colosales
Ante ese excelso alcázar donde mora
El que con solo un soplo de su aliento
Y el omnímodo influjo de su acento,
Creó los astros y encendió la aurora?

À Ti volvemos con temor los ojos,
Y nos abres los brazos sin enojos,
Sin ira, sin rencor y sin venganza.
Cuando el alma combate
El viento del dolor, cuando la frente
Sobre el pecho se abate,
Y envuelto en negras galas
El ángel del dolor pesadamente
Sobre ella extiende sus obscuras alas,
Tu nombre el triste corazón evoca
Mientras antes el alma que la boca,
Alza ferviente la oración serena.